

Libros

La Edad Media del amor

Bertha Aceves

En su más reciente publicación, *Mâle, Moyen Age de l'amour et autres essais*, 1988 Geroge Duby continúa con su interés por investigar sobre la sociedad medieval francesa. Ese interés, ya en sus anteriores libros, lo ha llevado a presentar facetas desconocidas del mundo medieval occidental, a partir del punto de vista de la llamada "historia de las mentalidades". Esta perspectiva histórica orienta la investigación al estudio del "instrumento mental" (como los lenguajes y formas de percepción), al de los sistemas de información y educación, así como los mitos y creencias del momento; esto es, tiene el propósito de descubrir el juego de los valores, en cuanto que éstos se encuentran representados por diversos medios, como testimonios escritos, imágenes, espacios arquitectónicos, mitos, etcétera; a partir de ello, se define lo "imaginario social" de un periodo histórico específico. Esto presupone una ardua tarea, de montaje, pues es necesario recurrir a diversas fuentes de información; el material recogido debe ser interpretado posteriormente, a fin de que sea posible describir la ideología dominante en ese periodo, dado que ésta "es una arma de la cual el poder se deriva para establecer su dominio". Duby, que sigue a Althusser, considera que la ideología es un "sistema de representaciones dotado de una existencia y de una función histórica en el seno de una sociedad dada.

Mediante ese método, Duby ha aportado un estudio fundamental para conocer la Edad Media: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1978). En este libro, Duby discute cómo se establece el modelo trifuncional que divide la sociedad feudal en tres "órdenes" estrictos: los oradores, los guerreros y los labradores. Esta organización social surge en el fondo de los tiempos, encajada en el pensamiento de los pueblos indoeuropeos, como lo demuestran los trabajos de Georges Dumézil; posteriormente, Duby la identifica en algunos documentos del siglo XI, en el tema de la trifuncionalidad social, el cual es promovido como un orden

obligado, por provenir de la voluntad divina, tal es el caso de los escritos de Adelberón, obispo de Loan y Genaro, obispo de Cambray; así dicen que: "En este mundo unos oran, otros combaten, otros además trabajan...; desde sus orígenes, el género humano estaba dividido en tres, oradores, labradores y guerreros". Este modelo cultural se prolonga hasta el tratado de Carlos Lo-yeau (1610), y Duby señala que también se continúa hasta la época del último Capeto, para apoyar el principio jerárquico de la realeza como poder de origen sagrado, y la obligación de obediencia de la "plebe". Para el historiador francés, "esta representación mental" ha sabido resistir todas las presiones de la historia: "es una estructura" de la cual aún en la actualidad se conservan restos nostálgicos.

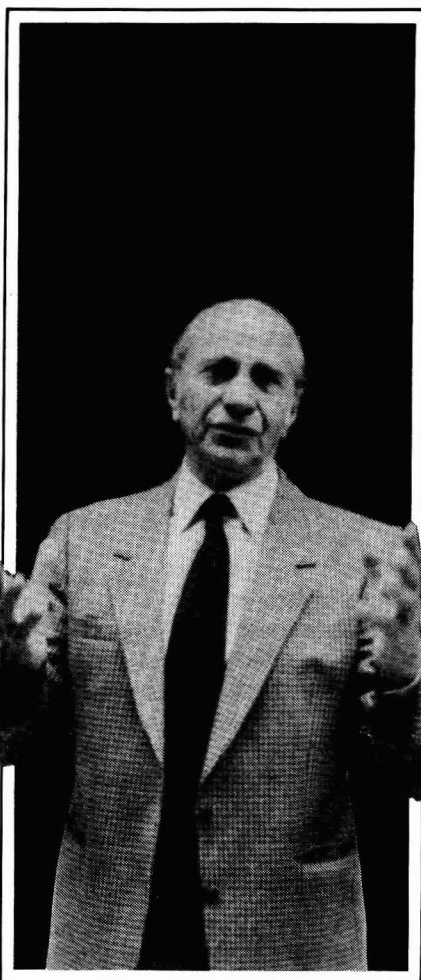
Con el propósito de recuperar otras representaciones culturales de la época medieval, Duby estudió uno de los fenómenos sociales de vital importancia como es el matrimonio, en su libro *El caballero, la mujer y el cura, el matrimonio en la Francia Medieval* (1981), en el cual señala cómo nace la institución del matrimonio en la cultura occidental y cómo es manejada por la Iglesia y la nobleza para conservar y acrecentar su

poder, respectivamente.

Sin embargo, el tema de la mujer y su relación en la pareja lo trata Duby más ampliamente en *Mâle, Moyen Age...*; este libro lo integran diversos artículos que fueron publicados hasta 1986, los cuales se agrupan en tres temas: "Del amor y del matrimonio"; "Estructuras del parentesco" y "Cultura, valores y sociedad". Los trabajos de mayor interés, porque descubren detalles desconocidos de la vida de la nobleza feudal, son los que se agrupan en los dos primeros apartados. Los ensayos se inician con una contundente y sorpresiva afirmación, que rompe con la idea "romántica" de que la actividad del caballero medieval giraba alrededor de su "dama". Duby dice: "La Edad Media es decididamente de los machos... de los hombres convencidos de la superioridad de su sexo", ¿Qué pasa con la mujer? Duby contesta que es la parte oculta de esa sociedad y, para recuperar su figura, se pone a escuchar a esos hombres hablando de sus deseos, dado que a la mujer le estaba prohibido el uso de la "lengua". Develar el papel que desempeñaba la mujer en la sociedad medieval sólo es posible si se recurre a fuentes de información escritas por los varones y así también es posible conocer los intereses masculinos que mantuvieron mudas a las mujeres. El tema central que aglutina los diversos ensayos del libro es la vida amorosa de la pareja y, más específicamente, la manera como el poder configura a la mujer, al matrimonio, al amor, al caballero medieval que desea, teme y alaba a su dama.

Por ello, el autor estudia los valores sociales que establecieron la Iglesia y la nobleza —los oradores y los guerreros— que eran las instituciones que detentaban el poder. En cuanto a la Iglesia, ésta considera la unión conyugal directamente vinculada con la procreación y la sexualidad y por ende en la frontera del pecado; así, se interesa por marcar los límites entre lo lícito y lo ilícito, lo puro y lo impuro, para lo cual dicta normas que pretenden, sobre todo, erradicar el temido deseo carnal, aun dentro del matrimonio: la sexualidad había que combatirla y reprimirla, en donde apareciera. La Iglesia acepta el matrimonio como un mal menor y únicamente como medio para la procreación; por ello reprueba las desmesuras del amor pasional que transgreden las normas del buen matrimonio, en el cual no debe haber un placer individual sino una obligación con la colectividad.

Por su parte, la nobleza reglamenta las uniones matrimoniales con el propósito de mantener por generaciones el poder econó-



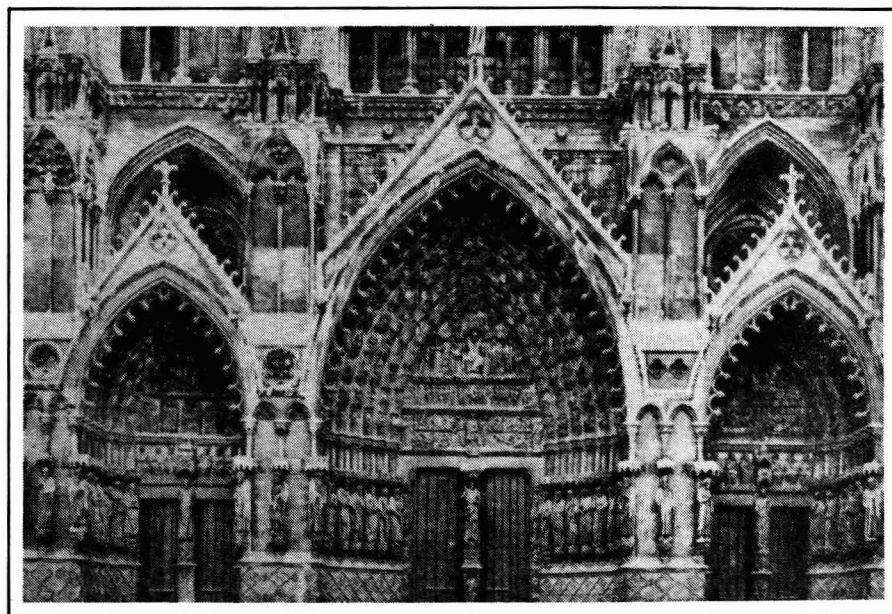
Georges Duby

mico y político en sus manos, para lo cual se propone preservar las propiedades intactas y evitar la división de los linajes. Establece, como único medio para la sucesión, el de la primogenitura; así, cada casa noble mantendrá únicamente una línea genealógica; los otros varones, los "secundones" deberán quedar solteros para evitar la división de las heredades. Naturalmente que las hijas estaban excluidas de la herencia familiar y sólo eran utilizadas para establecer nuevas alianzas con otros señoríos, por medio de compromisos matrimoniales; su función fue la de ser un objeto de intercambio en las relaciones políticas y económicas de los varones, de los machos, que en cualquier momento y aduciendo casi siempre nexos de consanguinidad (el adulterio estaba severamente prohibido por la Iglesia), podían terminar con un compromiso matrimonial: eran tan pocos los linajes, que siempre se encontraba alguna vinculación consanguínea cuando se quería un buen pretexto para el repudio de la mujer.

Consecuentemente, el modelo amoroso que estos dos poderes sociales conforman tiene características especiales y confiere a cada miembro de la pareja un papel especial. A la mujer se le considera un ser falible y de naturaleza perversa, por lo cual debe estar siempre bajo la vigilancia del varón, sea el padre, el esposo, los hijos o el consejero "espiritual". Su conducta debe ser de acatamiento y subordinación total al hombre, porque su misión es servirle, tanto en el aspecto material como en el espiritual. Debe conservarse virgen fuera del matrimonio y dentro de éste, ser casta. Esta última "virtud" provenía de la idea de que Dios era el propietario del alma y el cuerpo femeninos, y le concede al esposo el derecho sobre el cuerpo de su esposa por medio de la ley del matrimonio (a la manera como se concede un derecho feudal de uso); por ello, el alma —que es de Dios— no puede amar al esposo terrenal sin que transgreda un derecho divino; la mujer sólo puede ser ardiente con su esposo celestial, mientras que con el carnal debe ser obediente, fría y pasiva. La maternidad es la única función femenina en el matrimonio y es la que la limpia de las impurezas provenientes de las relaciones carnales. Por ello, como Duby señala, en el siglo XII se establece como culto la figura de la madre de Cristo como virgen y como madre, detalle que apoya decididamente el valor de la procreación como el valor único en el matrimonio. Por su lado, el hombre no tiene jamás una esposa completa; más aún le está vedado romper la frialdad de su cónyuge porque se apropiaría de una parte que

a él no le corresponde gozar.

De esta manera, la relación entre los esposos se limita a la *dilectio*, por parte del marido y a la *reverencia*, por parte de la esposa; esto es, a la *caritas* escolástica. Duby afirma que el matrimonio no es un lugar donde nazca el amor, "está prohibido al esposo y a la esposa unirse con ardor y vehemencia". El matrimonio es sólo un remedio necesario para la temible concupiscencia: esta idea proviene de Pablo: *Melius est nubere quam uri*, "mejor es casarse que quemarse", y que la retoma la Iglesia medieval para controlar la vida social de los "guerreros". Como se ha dicho, el matrimonio es



un medio para conservar los linajes y para consolidar las alianzas políticas y económicas entre los varones; la mujer debe estar dispuesta a unirse con un vejete o con un adolescente desde la edad aceptada por la Iglesia para el matrimonio, los trece años. Duby señala categóricamente que el matrimonio era un regalo entre padres, tutores y clérigos: un asunto masculino del que la mujer estaba excluida completamente.

Los moralistas de la Iglesia se esfuerzan, por diversos medios, en convencer y reconfortar a las mujeres para que acepten, con beneplácito y alegría, los deberes y los valores sociales que los varones se han inventado y establecido para conducir a una vida "virtuosa y honesta". Utilizan para ello distintos medios, como son las cartas para "dirigirlas espiritualmente" hacia una vida cristiana; con igual propósito se escriben narraciones de vidas ejemplares, de santas mujeres que, aunque casadas y por lo tanto en contacto con las relaciones carnales, llegaron a ser canonizadas por su conducta.

Duby estudia dos de estos testimonios escritos y señala cuáles son los valores que la sociedad medieval demanda a la mujer; son dos vidas de santas, dos vidas distintas porque relatan el caso de la mujer bien casada y la mal casada, pero a pesar de ser opuestas estas vidas tienen un mismo fin, la santidad, a causa de que en ambos casos su comportamiento se apegó a los paradigmas establecidos por la Iglesia. La primera historia, la bien casada, se refiere a una noble, Ida Condesa de Boulogne; su primer atributo positivo fue el provenir de un linaje noble y de casarse con un varón de igual nobleza, pero su mayor mérito fue su

ejemplaridad como esposa, madre y viuda. En su primer papel, fue sumisa y fiel a su marido, quien le sirve de guía en todas sus actividades, inclusive las religiosas; fue discreta en el gobierno de su casa y casta en sus relaciones conyugales. En su función como madre se destacó por haber concebido a tres grandes varones —a las hijas no se las nombra—, dos de ellos célebres: Godofredo de Bouillon y Balduino, rey de Jerusalén; la grandeza de sus hijos es signo de la santidad de la unión matrimonial; por ello, la gloria de Ida fue haber tenido a estos importantes varones como hijos, y ellos son los que transmiten su grandeza a su madre, ella en sí no posee ningún valor. Finalmente, en su viudez se dedica a ayudar a los monjes de Cluny y se convierte en su hija espiritual. En resumen, la "virtud" de la mujer proviene de que acepte plenamente su función de servir al hombre en todas sus necesidades.

La segunda historia, la de la mal casada, es la vida de una mujer llamada Godelive, la

cual fue una cadena de humillaciones y desdichas hasta morir asesinada por órdenes de su marido. El mal matrimonio se originó porque desde un principio se cometieron errores como el que los cónyuges provenían de distintos linajes, él noble, ella no; otro error cometido fue cuando Betolf, el esposo, decidió casarse sin tomar en consideración a sus padres —el buen matrimonio es asunto de la familia; por otro lado, los padres de Godelive prefirieron a Betolf, entre muchos pretendientes, por su riqueza —la casada por dinero es mal casada. A causa de todos estos errores, Betolf abandona sus deberes conyugales, repudia a su mujer y finalmente manda asesinarla. Sin embargo, esta vida abnegada y sufrida es premiada con la santidad, porque ella acató los designios de Dios y estuvo dispuesta a obedecer a su marido hasta su trágico final.

Otro punto de interés que desarrolla Duby en este libro es la relación entre el sistema matrimonial y la producción literaria medieval del *fine amour*. Para este investigador, el problema que se genera con la primogenitura como única posibilidad para conservar las heredades y los linajes intactos, es la falta de una función social para los caballeros célibes o *juvenes* que, al no poder fundar un linaje y tener una heredad, quedan a la deriva y se agrupan alrededor de los grandes señorios feudales, en donde entretienen sus vidas en justas y actividades guerreras; algunos pocos tienen la fortuna de casarse con una dama cuya familia carece de descendencia varonil, entonces el *juvene* se convierte en *seniore*, en cabeza de la heredad, porque la mujer no puede gobernar sus propios bienes.

Para Duby, el *fine amour*, amor cortés, nace como un juego eminentemente masculino, en el cual se exponen las reglas de los valores viriles. La dama se ubica en el centro de esta relación lúdica como un trofeo; su función es análoga a los maniqués que sirven al caballero para entrenar sus habilidades guerreras. Ella se muestra y se oculta y se rehúsa a dar sus simpatías, con el fin de que los *juvenes* aprendan a dominar sus emociones, a tener "medida" en sus deseos. En las justas, la dama es la esposa del señor feudal, éste acepta que su cónyuge sea el centro de interés de la competencia entre los caballeros, pese a la severa prohibición del adulterio, porque sabe que es una situación lúdica convencional, en la cual su esposa lo está sustituyendo en su relación de *dominus*, frente a los caballeros competidores.

Por esta razón, el *fine amour* cumple dos funciones: tiene la misión de educar a los

juvenes para que sepan acatar las leyes del vasallaje y para que aprendan a dominar su cuerpo; por el otro lado, los mantiene en actividad y los hace que acepten con mayor benevolencia la sucesión del linaje únicamente por medio de la primogenitura. Duby afirma que el *fine amour* "civiliza" a la juventud, reafirma las alianzas políticas y los nexos del vasallaje; además, considera que, como es una relación entre "machos solteros", detrás de los poemas de amor cortés se encuentran tendencias homosexuales: este juego —dice— es un juego entre machos en donde la dama es sólo la mediadora. Estos datos que Duby proporciona, aclaran sólo en parte el contorno social de la producción literaria del *fine amour*; sin duda, descubre cómo se establecen las relaciones entre los distintos sistemas que conforman la sociedad medieval y la importancia que tienen para configurar los valores sociales; sin embargo, no explican en su totalidad las determinaciones que influyen sobre el momento de la escritura de los textos del amor cortés, que son muchas y de diversa índole.

La lectura de este libro hace compartir las intenciones y los manejos que empleó el varón para usurpar a la mujer su calidad de ser humano y convertirla en un objeto de intercambio, en un mundo dominado por los valores masculinos. Detrás de las distintas máscaras —llamadas nobleza o religión, y con el pretexto de conservar estas instituciones porque eran las que tenían el privilegio de defender la "verdad" y la "legalidad" del mundo medieval— encontramos al varón que definió y modeló la figura de la mujer, acorde con sus valores. De este juego de intereses emerge y se inicia el modelo amoroso o "discurso amoroso" que en la cultura occidental se ha establecido y ha permanecido, con sus rompimientos y discontinuidades, hasta nuestros días.

Es por ello que también de esta lectura, queda la inquietud de conocer las relaciones y los propósitos que están, hoy en día, tras el "discurso amoroso", así como saber cómo se establecen las intercepciones con otras prácticas discursivas; cómo se producen las representaciones en el "discurso amoroso" y cuántas de éstas son pervivencias del modelo amoroso medieval: es decir, el libro inicia caminos para recorrer los textos, los mitos, los monumentos, en busca de lo que define lo "imaginario" de nuestra sociedad. ♦

Georges Duby. *Mâle, Moyen Age de l'amour et autres essais*. París, Nouvelle Bibliothèque Scientifique, Flammarion, 1988.

Epístola a los chiapanecos

Vicente Quirarte

A caso mi consuelo por no estar íntegramente al lado de Elva Macías en esa comunión de sensibilidad e inteligencia que es —o debe ser— presentar un libro, sea que el medio antiguo y siempre nuevo de la epístola me deje hablar con una soltura que el almidón de los grandes *presidium* obliga a disfrazar de rigor académico, de poses estudiadas y tosecitas furtivas. Cuando enfrentamos un libro de poesía, el impacto es tan fuerte que optamos por elaborar un discurso que nos permita domesticar las emociones, transmitir de manera objetiva la traducción del mundo que el poeta propuso. Triple mentira que justifica la fama de falseadores de realidades que Platón encontró en los poetas. Mejor decir el discurso torpe y emotivo del adolescente que no sabe pero que siente, y a partir de esa herida elabora su visión del mundo. Por eso, lleguen a Chiapas estas palabras no de crítico sino del lector agradecido que ha gozado cada uno de los versos de Elva en el tráfago de la ciudad monstruosa, vayan mis palabras a ese San Cristóbal nuestro que sabe emerger cada mañana, limpio y renovado, de entre la niebla.

Existe para el lector de poesía un privilegio único: conocer al poeta y aprender a amarlo por sus creaciones verbales antes de conocer su persona. *Lejos de la memoria* me obliga a leer con nuevos ojos libros anteriores: reviso las páginas iniciales de *Círculo del sueño e Imagen y semejanza* y encuentro que no tienen dedicatoria, lo cual quiere decir que no fueron regalo de Elva sino que los adquirí para conocer a la poeta, antes de que nos hiciéramos amigos. Y acaso le haya ocurrido, frente a la sonrisa invencible de Myriam Moscona, o ante la refinada violencia de Elsa Cross —ambas sus amigas, ambas poetisas enormes— que deja de pensar en ellas como poetisas y, como las quiere tanto y da por hecho que son magníficas en todo lo que hacen, de pronto le sorprende encontrar que son de veras buenas, que a veces, como dice Efraín el chiapaneco, se descuidan y les salen bien los versos.

Un primer agradecimiento de los lectores a Elva Macías es el de la brevedad. Otros crearán en los directorios telefonicopoéticos donde el volumen engaña al más cauto. Aquí, todos los libros son una prueba de que